

... muerte tan escondida

# La muerte en la sierra minera

ASENSIO SAEZ GARCIA

**L**A obsesión por la muerte ha mordido siempre, obstinadamente, el corazón de las gentes sencillas de la mina. Por los senderos de la sierra, a lomos de un descarnado caballo, como el personaje de Durero, galopaba la muerte, guadaña de plata al hombro. De algún modo, su imperio fue asumido pronto por el minero. Los sinos habían de cumplirse inexorablemente. Si el destino entroncaba al hombre de la mina a la muerte, todo lo que se hiciese para evitar su presencia, en vano había de resultar. Téngase en cuenta que hasta llegar a los ascensores eléctricos, los frenos, las lámparas de pila seca y tantas defensas como la nueva tecnología de la mina llegó a disponer un día, avalando seguridades y garantías, la presencia de la muerte amenazó tercamente la existencia del minero, a merced del derrumbamiento de una galería mal entibada, de una equívoca maniobra de la cuba o artilugio de bajadas y subidas, la explosión de un barreno erróneamente calculado y, por supuesto, el polvillo del mineral que corroe y mustia la rosa del pulmón hasta petrificarla.

La estampa del paisaje exultante de la sierra, barnizado por un sol todopoderoso, con el zócalo añil de los trasfondos marineros, veíase a menudo manchada por la sangre. Como un calvario pagano, al pie del castillete de la mina, con el sudario y la escalera, el minero muerto, en brazos de una mujer dolorosa.

Mis años de niño se ven cruzados por gentes despavoridas que atienden a una sirena, voz de ángel exterminador, anunciadora de la tragedia en la mina. Inolvidable cuadro el de la sierra, si la noche andaba por medio, salpicada por las luces de carburo alumbrando el descenso de las víctimas, en camillas portadas a mano, único medio de salvar cuevas y quebradas. Un aguafuerte, luego, el del entierro colectivo, con los ataúdes pintados de negro, a hombros de amigos y compañeros, proa a la eternidad, mientras a voz en grito crecían los plantos de la despedida en boca de la esposa, la amante, la madre, las hermanas...

Mandaba la muerte. De repente, la galería, con sus tierras en colisión, podía convertirse en una profunda sepultura; la lámpara de acetileno, en piadosa lucerna; toda la sierra, un monumental panteón.

A fuerza de conjurarla por medio de hábitos ofrecidos a los santos, oraciones, exvotos y lamparillas de aceite, candelas que ondula y chisporrotea al pie del cromó del Purgatorio, las gentes de la sierra terminaban por encadenarse más o menos gustosamente a un tenaz, permanente culto a la muerte. Hasta el minero enriquecido acababa aceptando complacientemente una curiosa costumbre, puesta en boga durante los años de oro de la

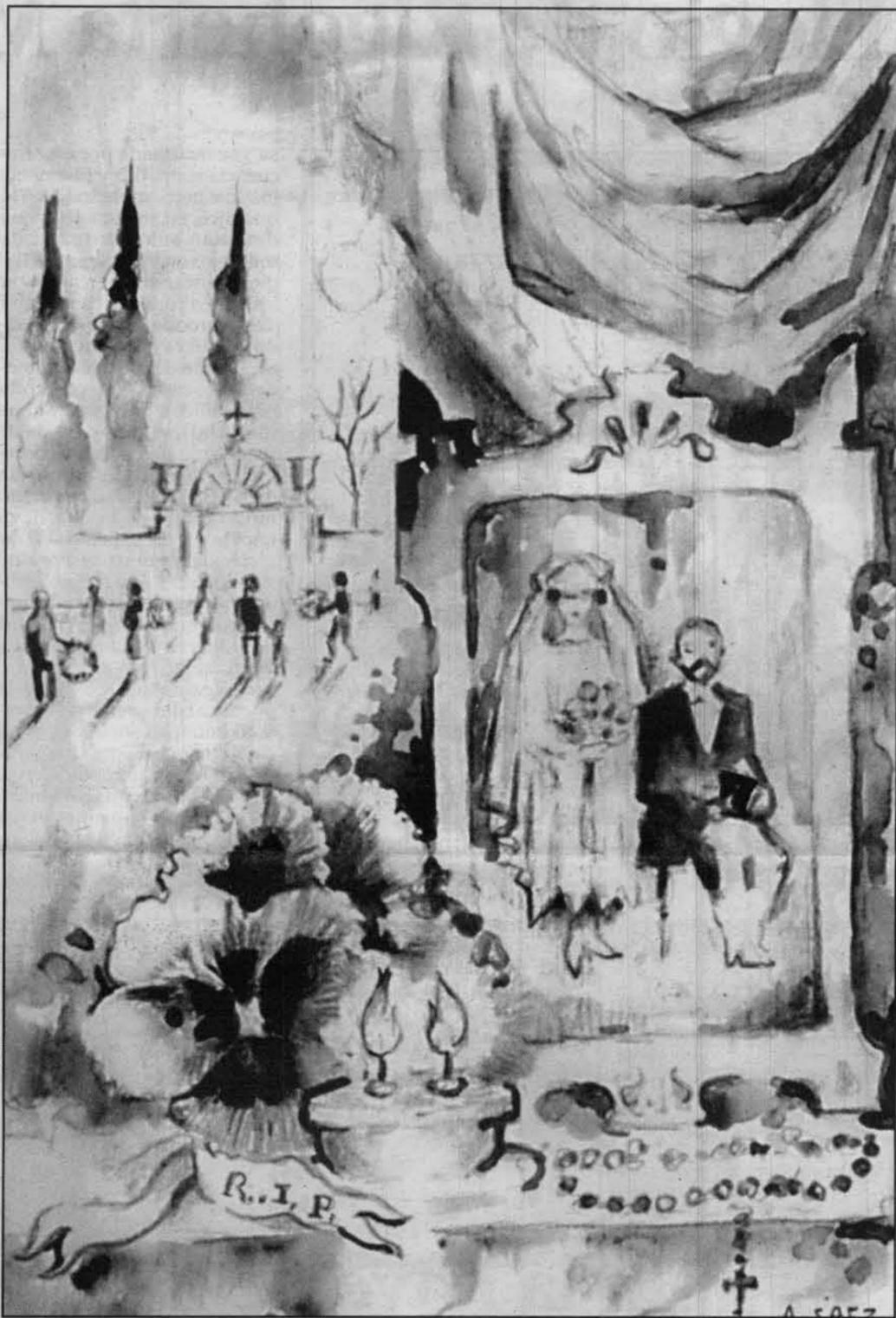


Ilustración de Asensio Sáez para el texto

L.O.

sierra, consistente en que, a la vez que se ordenaba el rumbo palacete de arquitectura un tanto pedante, se encargaba el fastuoso panteón o mausoleo en el cementerio. Precisamente la peculiar estructura del camposanto de La Unión dio pie hace unos años para el rodaje de una secuencia de *Mark misión*, película de terror protagonizada por Christopher Lee. Con este motivo pude cazar la siguiente conversación:

-¿Sabe usted, madre, que he visto al "Drácula" rodar una película en el cementerio?

-¡Bendito Dios, qué falta de respeto la de hoy día! ¡Qué me dices!

-Lo que usted oye.

-¡Si tu padre levantara la cabeza, nene!

-Pues seguro que la volvía a amagar.

El cementerio de La Unión, al pie de la sierra, contó un día con una escalofriante parcela destinada al enterramiento de los que el pueblo conocía con el dramático nombre de "desgraciados", esto es, suicidas,

niños sin bautizar y aquellos que, víctimas de una muerte violenta, partían de este mundo sin recibir el sacramento de la penitencia, entre los cuales, lógicamente, figuraba un número no escaso de mineros fallecidos en accidente, que bien lo certificaba una de las más tristes coplas del cancionero de las minas:

*Madre mía, los mineros  
qué buenos mozos que son,  
pero tienen un defecto:  
que mueren sin confesión.*

### Un retratista de muertos

Cada muerte de minero mantenía parecido ritual: aparatosa consternación aliada de lamentos y lloros, capilla ardiente con el cadáver amortajado sobre la cama, sentido pésame del vecindario, teatrales plantos:

-¡Ay, qué sola me dejas!  
¡Bien que te lo decía: que la mina es una loba sedienta de sangres coloradas, y que te veía muerto en mitad de mis sueños, con los ojos parados como los de los santos de la

procesión y un ramo de alhelíes encima! ¡Ay, lucero, que te vas y me dejas a oscuras!

Si durante el velatorio los plantos familiares decaían, eran las vecinas las que, generosas, colaboraban a la exaltación de las propiedades del difunto:

-¡Buena vista la tuya, muerte, que así siegas con tu guadaña el mejor clavel reventón del barrio! ¡San Pedro, abre el portón de la gloria con tu llave de plata a quien en vida resultó ser palma y corona de la minería!

A los plantos se unían los pintorescos "recados" al muerto:

-Ginés, lleva este parte a mi madre que en paz descansa: que por aquí andamos bien de salud y que la Rosario parió gemelos este último invierno.

-Ginés, si en el otro mundo te encuentras con mi cuñada Paca, le dirás que la abuela anda quebrantada por los alifafes, más para allá que para acá, como quien dice.

-Ginés, no te olvides de saludar en mi nombre a mi buen padre que en gloria esté y allí me espere muchos años.

La costumbre de los "recados" al muerto dio origen a una conocida copla, sin duda una de las más antiguas del cante de las minas:

*Compadre, si va usted al cielo,  
hágame usted este favor:  
pregúntele usted a mi abuelo  
dónde se dejó el legón  
y el capacico terrero.*

Si el duelo correspondía a familia adinerada, ya se sabía: con el aviso al cura y al funerario, se mandaba razón al fotógrafo. Se imponía aquella pavorosa moda de los retratos mortuorios que, comenzada en el pasado siglo con el encargo de retratar al difunto a un pintor, maldito a veces, fue luego continuada por la invención de la fotografía hasta alcanzar la primera década del presente siglo. En 1852, Federico de Madrazo había pintado a su sobrina muerta, con el alarido romántico, entre admiraciones, bajo la firma del pintor: ¡"A las seis y cuarto de la tarde!". Su yerno Fortuny firma por entonces el "Retrato de la señorita del Castillo en su lecho de muerte". Por su parte, Eduardo Rosales ha dibujado a lápiz a su hija muerta, coronada de rosas. Y en nuestro Museo de Bellas Artes se exhibe un cuadro romántico de Rafael Tejeo, titulado "Niña muerta".

¡Qué distintos luego, con la aparición de la fotografía, los retratos de muerto, evadida ya la atmósfera romántica del óleo para enfrentarse a la desnuda crueldad de la realidad a secas, con el retratado bajo las luces crudas del magnesio, atrapado por la muerte verdadera, que no por la consoladora dormición fingida por el pincel!

En su libro *La canción de la muerte*, publicado en Cartagena en 1904, Vicente Medina ofrece, junto a sus lacrimógenos textos, una interesante colección de fotografías por él mismo firmada en la que, acompañando a una serie de dramáticos personajes, perspectivas de cementerios, cunas vacías, sepelios, etc., muestra una alucinante cabeza de muchacha muerta, cercada de ramos y guirnaldas, "hermosa flor con su corte de flores", tema del que el poeta se sirve para componer una breve anécdota literaria, protagonizada por la abeja que, libando las flores mortuorias, se detendrá enseguida, con el mismo fin, en los labios de la doncella difunta.

En su ensayo sobre fotografía murciana, Guillermo Merck Luengo recoge los nombres de aquellos fotógrafos que en los días de vino y rosas de la ciudad abren gabinete en La Unión. Afincado en el número 117 de la calle Mayor, monta su estudio un "fotógrafo-pintor". Trastos al hombro, se dedica a visitar capillas ardientes en las que, cuidando con exquisito esmero la teatralidad de la composición, retrata a los difuntos. Pedro Mancebo fue su nombre.